

siendo aquella la única carne que se comía en la población. En el ejército se continuó matando las mulas y caballos ménos fuertes por falta de forraje, conservando únicamente aquellos que eran indispensables para la artillería y los trenes. No habiendo dinero para el pago de las tropas se impusieron préstamos forzosos á todos los propietarios y comerciantes de alguna importancia. La falta de municiones había hecho que el ingenioso y activo general Don Manuel Ramirez Arellano encontrase la manera de que la plaza no careciese de ellas. Para conseguir su objeto, estableció una fábrica de salitre, una de pólvora, dos fundiciones de proyectiles y los talleres necesarios. Con parte de las campanas de las iglesias y con todo el hierro que pudo conseguir fundió balas y granadas. Igual cosa hizo con el techo del teatro, que era de hierro y plomo, y logró reemplazar los pistones de metal para los fusiles, que se habían agotado completamente, con pistones de papel que suplían perfectamente á aquellos.

A la escasez de víveres, de dinero y de municiones, se agregaba la calamidad del tifo que hacía estragos en la tropa. Los hospitales estaban llenos de soldados heridos en las diferentes salidas y de enfermos.

El ejército se hallaba reducido, realmente, á cinco mil hombres. Y sin embargo de esa miseria, de esas penalidades y de la continua fatiga, los soldados mejicanos se mantenían subordinados, dispuestos al combate, y sus oficiales no dieron pruebas menores de su lealtad á la causa que defendían y de su abnegacion. Maximiliano se complacía en hacer justicia á sus tropas mejicanas; y

1867. más tarde hizo grandes y merecidos elogios de ellas, en una conversacion que tuvo con el baron de Lugo, embajador de Austria.

La conducta observada con el emperador por las tropas mejicanas, contrastaba de una manera acentuada con la que habían guardado las austriacas y belgas que habían ido de Europa para entrar á su servicio. Estas no le habían dejado un solo día de molestarle con sus exigencias y reclamaciones de toda especie desde que la Francia indicó la retirada de su ejército. Maximiliano, obrando con caballerosidad, les relevó de sus juramentos, aunque sintiendo el rasgo de poca lealtad hácia su persona. En el largo y terrible sitio de Querétaro, en medio de los peligros, del hambre y de la miseria, jamás soldado alguno mejicano reclamó su sueldo, ni se quejó porque no se le pagase. Maximiliano que no había conocido hasta entonces las bellas cualidades del soldado mejicano, le cobró un cariño indecible. Por su parte el ejército le consagraba una adhesion sin límites.

Refiriéndose el subteniente de artillería Don Alberto Hans, joven francés, en cuya obra sobre el sitio de Querétaro campean el amor á la verdad, la justicia y la imparcialidad que desgraciadamente faltan en otros extranjeros que se han ocupado de las cosas de Méjico, refiriéndose, repito, al aprecio que Maximiliano hacía del soldado mejicano, dice: «El emperador visitaba las líneas todos los días y se ocupaba activamente en aliviar nuestros males. Se veía que tenía grande empeño en reparar la gran falta política que se le había hecho cometer no organizando un ejército nacional. Esto, agregado á la

simpatía extraordinaria que se desprendía de él, hacia nacer en nosotros una irresistible necesidad de adhesión.»

Todos sus actos, que llevaban el sello de los generosos sentimientos que atesoraba su noble alma, servían para ganarle el afecto del soldado y de la oficialidad.

Ni un solo día había dejado de ir á visitar á los heridos ^{1867.} y enfermos que en número considerable se ^{Mayo.} hallaban en los hospitales. Sus palabras, recomendando la más solícita asistencia á los médicos así como á los que servían á los pacientes, ordenando que no se hiciese distinción alguna entre imperialistas y republicanos, vertían el consuelo entre los que se veían postrados en sus lechos. Estas visitas requerían, como dice con mucho acierto el mencionado subteniente de artillería Don Alberto Hans, «cierto valor hácia el fin del sitio, es decir, en el momento en que el tifo, la fiebre del hospital, el calor y el desarrollo de enfermedades epidémicas de todas clases, hacían considerar la entrada de un enfermo ó de un herido al hospital como una partida para el otro mundo.»

El día 4 de Mayo los sitiadores, aunque sin intentar ataque ninguno, se ocuparon en arrojar un número considerable de bombas y granadas sobre las fortificaciones y la ciudad, teniendo los imperialistas aquella lluvia de proyectiles, como preludio de algun vigoroso asalto que pensaban dar á la plaza el día siguiente 5 de Mayo, aniversario del revés sufrido en Puebla, en 1862, por el general francés Lorencez.

Todo estaba dispuesto en la línea de los imperialistas

para resistir el ataque. El día 5 de Mayo llegó. Los sitiadores lo celebraron con demostraciones de la mayor alegría; pero nada intentaron durante el día contra la plaza. El ataque lo habían reservado para cuando oscureciera, como terminacion de la fiesta. Con efecto, á las ocho de la noche rompieron un vivo fuego de artillería sobre las posiciones imperialistas, y poco despues dieron un ataque rudo por un punto determinado. Los sitiados opusieron una vigorosa resistencia; y los republicanos, á las diez de la noche, despues de dos horas de combate, se retiraron á su línea con algunas pérdidas.

Como la llegada de Marquez y Vidaurri en auxilio de Querétaro no se verificaba á pesar de la supuesta comunicacion del primero publicada hacía algunos días, el desaliento empezó en muchos á ocupar el lugar de la ^{1867.} esperanza. En vista de ello, y con el deseo de ^{Mayo.} que el socorro que aguardaba el ejército sitiado llegase lo más pronto posible, algunos aconsejaron al emperador que escribiese al general Don Leonardo Marquez, ordenándole que acudiese prontamente en auxilio de la plaza. Maximiliano, que procuraba que no decaese el espíritu del soldado y que, por lo mismo, se veía en la necesidad de hacer esperar socorros, dirigió una carta el día 7 de Mayo al general Marquez, redactada por Don Manuel Ramirez Arellano, y traducida, conforme á la voluntad del emperador, á la clave convenida. La carta decía así:

«Mi querido general Marquez: el estado físico y moral, en que despues de sesenta y cuatro días de sitio riguroso se encuentran nuestro ejército y el pueblo de Querétaro,

hace que la defensa de la plaza sea imposible por un período de tiempo más largo.

»Os remitimos juntos con la presente algunos ejemplares de los decretos que nos hemos visto obligados á expedir, y ellos os darán la idea de la penosa situacion que guardamos.

»El bien de la nacion y del ejército, la salvacion de esta leal é importante ciudad exigen que diariamente me mandeis tres correos escoltados por veinte y cinco ó cincuenta caballos, para que puedan penetrar en la plaza por sorpresa. Es de absoluta necesidad que por este medio, nos deis noticias de vuestra venida, del día en que vuestras tropas ataquen á los sitiadores, por qué puntos y la direccion que seguireis, lo mismo el avance que tengais en vuestra marcha. Esta última parte de vuestras instrucciones es de la más alta importancia porque nuestra permanencia en Querétaro ya es casi imposible.

»Nuestro ejército ha desplegado en su crítica situacion y en espera de los recursos que habiais de mandar, un heroismo y un estoicismo sin igual; ante la patria y ante la historia sereis pues el único responsable de las consecuencias que resulten de vuestra tardanza, que ya excede á todo límite prudente. —Maximiliano (1).»

(1). Al pié de este documento hay una nota que dice así: «Esta carta fué redactada por Arellano, y conforme á la voluntad del Emperador, traducida á la clave convenida, por su secretario Don Luis Blasio.» (Refutacion hecha por el general de division Leonardo Marquez, al escrito publicado por Don Manuel Ramirez de Arellano bajo el epigrafe de *Ultimas horas del imperio*.)

Se comprende fácilmente que el emperador firmó esta carta para que los que le instaban á que obligase al general Marquez á ir en auxilio de Querétaro, no perdiesen la esperanza de socorro. Sabía por las comunicaciones recibidas del ministro de gobernacion Don José María Iribarren que la capital estaba sitiada, y comprendía perfectamente que Marquez no sólo no podía salir de la capital, sino que, segun la contestacion que el emperador dió á las expresadas comunicaciones el 29 de Abril, esto

1867. es, nueve días antes, debía defenderla á todo
 Mayo. trance. Mal podía Maximiliano exigir de Marquez que marchase en auxilio de Querétaro en aquellos instantes en que sabía que estaba sitiado en Méjico, cuando hacia sólo unos cuantos días que había escrito á su ministro Iribarren, que *«importaba que la capital se sostuviera enérgicamente; que se aumentase sin descanso su material de guerra, y que se pusiera en estado de bastarse á sí misma y de resistir por largo tiempo.»* Mal podía el emperador imaginarse siquiera que Marquez se hallaba en posibilidad de ir en socorro de Querétaro, cuando él, creyéndose en mucho más favorable posicion despues del hecho de armas del 27 de Abril, le escribía al ministro Iribarren que *«acaso muy pronto obligarian á los sitiadores á levantar su campo derrotándolos por completo, y en seguida marcharian en auxilio de su querida capital.»* Por lo que hace á la peticion en que le decia á Marquez que *«diariamente le enviase tres correos escoltados por veinticinco ó cincuenta soldados de caballeria para que pudieran penetrar en la plaza por sorpresa, cualquiera comprenderá que no podía decirlo*

porque lo creyese factible, sinó por no contradecir á los que deseaban que así lo exigiese.

Esta carta, así como otros documentos presentados aisladamente por algunos que han escrito sobre los sucesos de Querétaro, sin enlazarlos con otros que explicaban el motivo con que habían sido escritos, no ménos que los partes fingidos para alentar al soldado anunciando la llegada de Marquez en auxilio de los sitiados, han sido causa de que muchos hayan creído que el general D. Leonardo Marquez no había obrado conforme á las instrucciones recibidas del emperador. Para esclarecer los hechos y dar á conocer la verdad, sin la cual nada valdría la historia, he creído, como deber sagrado, presentar los datos inequívocos que patentizan la manera con que pasaron los acontecimientos.

El emperador Maximiliano, como tenía de costumbre, visitó el día 8 las trincheras y preguntó á los soldados si les daban rancho, á lo cual contestaron, que respecto á la ración de carne de caballo ó mula, era completa; pero que no sucedía lo mismo en cuanto á la de maíz, café y *frijoles*, nombre que dan en Méjico á las habichuelas. Maximiliano les dijo que se haría todo lo posible porque nada les faltase, y continuó visitando la línea.

1867. Queriendo Maximiliano premiar el valor de
 Mayo. varios oficiales y soldados que se habían distinguido en los varios encuentros acaecidos en los días anteriores, reunió el día 10, en el palacio municipal, á los individuos que debían recibir el premio. La ceremonia se verificó con cierta pompa militar que produjo muy buen efecto en el ánimo del ejército. Uno de los oficiales

que llegaron á ser condecorados ese día, fué el subteniente de artillería D. Alberto Hans. Estaba propuesto para recibir la cruz de Guadalupe. El emperador, al ponerle la cinta en el pecho, le dijo con bondad: «Ya no tenemos cruces; pero cuando llegue el general Marquez, venid á verme, y os daré una yo mismo.»

Como se ve, Maximiliano procuraba sostener la creencia de que el general D. Leonardo Marquez debía llegar muy en breve en auxilio de la plaza.

El mismo día 10 espiró, á causa de las heridas recibidas en el combate del 3 de Mayo, el teniente coronel Ceballos, del batallon del Emperador. Era todavía jóven, poseía un corazon lleno de nobleza y una alma generosa. Hablando de él, dice el subteniente D. Alberto Hans estas palabras: «Era un hermoso tipo militar, y reunía al honor del oficial, el valor del soldado y la probidad del administrador. Ceballos era adorado por sus soldados y querido por todos los oficiales: antiguo alumno del colegio militar de Chapultepec, había ganado sus grados con la punta de su espada. El general Mendez le quería como á un hermano.»

El emperador, que le había visitado varias veces desde el día en que fué herido, sintió mucho su muerte.

La pérdida de jefes del mérito de Ceballos, de Rodriguez y de otros muchos, que dejo mencionados en capítulos anteriores, era de imposible reposicion para el ejército sitiado. A este vacío que dejaban los bravos militares que morían se agregaba para los defensores de la plaza, otro mal no ménos grave: la escasez extrema de víveres. Estos se hallaban ya casi al agotarse el día 11 de Mayo. No

había ya que dar de comer á las pocas mulas y caballos que quedaban; y en consecuencia, dentro de breves días no habría animales que matar para proveer de carne al soldado. La situacion no podía ser más tirante. El empe-

1867. Mayo. rador comprendió que era preciso salir definitivamente de aquella situacion rompiendo el sitio. A las doce del mismo día 11 se reunió el Consejo de Guerra en el cuarto del general D. Severo Castillo para tratar de lo que debía hacerse en las circunstancias en que el ejército se encontraba. La determinacion fué romper la linea de las tropas sitiadoras, lo cual se juzgó fácil de conseguirse por cualquier punto que se escogiera. Para facilitar el movimiento, el general D. Tomás Mejía ofreció al emperador hacer un llamamiento al pueblo de Querétaro, que le quería en extremo, y armándole, situarle convenientemente para la realizacion del plan. La proposicion del general Mejía fué aceptada inmediatamente por Maximiliano, y el día 12, el bravo general recorrió á caballo las calles de la ciudad, á la vez que se hacía circular impresa la invitacion al pueblo.

No obstante lo poco lisonjera que se presentaba la situacion para la causa del imperio, el llamamiento de Mejía no fué estéril; pues en la tarde del día 14 se hallaban alistados más de mil hombres que se habían presentado á tomar las armas. Sin embargo, no existiendo éstas sino en muy corto número por entonces, sólo se pudieron proporcionarlas á doscientos hombres, diciéndoles á los demás que se les llamaría cuando se pudiera disponer de más fusiles (1).

(1) El príncipe de Salm Salm hace subir el número de presentados á tres mil; pero se puede asegurar que en eso sufre una equivocacion.

El emperador Maximiliano desde que mandó reunir el Consejo de Guerra, quiso que los tres generales jefes de las armas y el nuevo jefe del estado mayor le dirigieran un informe sobre el estado que guardaba la plaza, y emitiesen su opinion respecto al paso que se debía dar en bien de la causa que defendían. En cumplimiento de esa disposicion, los encargados de dar el informe, se ocuparon de hacerlo, y lo enviaron al emperador el 14 de Mayo. El informe decía así:

«Señor: Los generales que suscriben, cumpliendo con la soberana disposicion de V. M., relativa á que informen á V. M. sobre el estado actual de la defensa de esta plaza, así como acerca del partido que deberá tomarse, con

1867. Mayo. presencia de la situacion que guarda el ejército imperial, despues de haber estudiado concienzudamente las graves cuestiones indicadas, tienen la honra de manifestar á V. M. lo siguiente. Para formar un juicio exacto del estado en que nos encontramos hoy, y resolver con cordura lo que conviene hacer, necesario es dirigir una ojeada retrospectiva á los hechos que precedieron al plan de operaciones que se trazó al ejército, para afrontar la situacion político-militar de fines de Febrero y principios de Marzo últimos.

»Habiendo sido muy malos los consejos del Estado Mayor General cuando V. M. llegó á Querétaro, y cuando el enemigo se decidió á tomar la iniciativa sobre nuestras tropas, los juaristas efectuaron sin dificultad una concentracion de sus fuerzas, que habriamos debido evitar á todo trance, batiéndolos en detall en los momentos de su aproximacion á Querétaro. Pasada la oportunidad que presentó

la impericia del enemigo, para destruirlo en dos batallas, de éxito seguro para las armas imperiales; batallas que debieron librarse con las dos grandes fracciones de la fuerza armada de los juaristas, y habiendo sido tenaz la oposicion del general Marquez para atacar al enemigo, con lo cual nos habríamos salvado, se creó inmediatamente la difícil y peligrosa situacion actual, reducida á defenderse el ejército imperial en esta plaza.

»Una vez que de hecho se abrazó el partido de permanecer á la defensiva, lo cual debía tener por consecuencia necesaria un sitio de la plaza, el primer Estado Mayor de los dos que ha tenido V. M., no se ocupó de ninguno de los preparativos que indican las reglas del arte para casos semejantes: no se almacenaron viveres y forrajes, ni se levantó una fortificacion, como exigia la defensa. A mayor abundamiento, las ricas haciendas de las cercanías de Querétaro, algunas de las cuales no distan ni quinientos metros de la ciudad, quedaron llenas de granos de todo género, facilitando así la cómoda subsistencia del ejército sitiador, al mismo tiempo que la plaza se privaba del principal elemento de una larga defensa, que son los viveres y el forraje. Despues de haber procedido así el Estado Mayor General de que venimos hablando, y á los ocho días de estar á nuestra vista el ejército juarista, atacó éste la plaza el catorce de Marzo con más de veinte mil hombres, pero fué rechazado por los ocho mil de las tres armas que componian entonces nuestras tropas.

»Las faltas del Estado Mayor General hicieron que el veinte de Marzo se considerara por algunos, como insostenible por más tiempo la situacion en que nos encontrá-

bamos; y caracteres débiles ó asustadizos se aventuraron á proponer á V. M. una retirada, si necesario era, clavando la artillería y abandonando todos los trenes: las indicaciones en este sentido se avanzaron hasta pretender que V. M. celebrara una capitulacion con el enemigo. La energía y dignidad de V. M., su heroica resolucion de combatir en favor de la salvacion nacional, y su fé en el triunfo de una causa que es la del orden social y de la independenciam de Méjico, le aconsejaron someter el negocio á la resolucion de una Junta de guerra, celebrada el mismo día veinte de Marzo, con absoluta libertad, y sin que V. M. estuviera presente mientras duró la deliberacion.

»La Junta resolvió: que se continuara la defensa de Querétaro con más vigor que hasta entonces: que se fortificara convenientemente la plaza, y que se plantearan los establecimientos de construcción del material de guerra, que ofreció improvisar, como lo hizo, el Comandante general de artillería que suscribe, á fin de que el ejército contara con el parque necesario para largo tiempo. También opinó la Junta de Guerra porque se hicieran frecuentes salidas sobre el enemigo, y muy particularmente porque viniera de Méjico un ejército auxiliar abandonando, si era preciso, la capital.

»V. M. tuvo á bien aprobar la opinion de la referida Junta de guerra, y se dignó nombrar al señor general Don Leonardo Marquez, jefe de Estado Mayor entonces, lugarteniente del Imperio, con plenos poderes para obrar en Méjico, á donde se dirigió, saliendo de esta plaza en union del señor general Vidaurri, nombrado ministro de